

No sé muy bien cuál fue el detonante. Recuerdo aquel día en el que me vi reflejada en tus ojos verdes, teñidos de negro, llenos de ira, un golpe de realidad que tú ni siquiera llegaste a percibir. Fue un martes, eran las ocho de la tarde y esperaba a que llegaras a casa mientras fumaba un cigarrillo en la cocina. Me latía tan fuerte el corazón... sabía que no te gustaba que fumase y disfrutaba ejerciendo mi autonomía durante unos minutos, siempre a escondidas. La autonomía que un día decidiste suprimir, esa que hiciste tuya y me golpeaba contra el suelo cada lunes que llegabas del trabajo de mal humor por razones que ni tan siquiera recordarás.

Ese era mi momento especial, aquel en el que no cedía ante tus chantajes, aquel en el que mi libertad se manifestaba a través de seis o siete caladas, una libertad que como el humo, se evaporaba a los pocos segundos.

Muchos días deseaba no abrir la ventana, ¿sabes?, dejar que el humo se colara por cada esquina de esta maldita casa.

Mis pájaros en la cabeza, esos de los que te burlabas, dentro mí volaban más alto de lo que tú pensabas, me aferraban a la vida. Quizás me cansé de abrir la ventana, quizás el humo se había instalado en esta casa.

Llegaste cinco minutos antes de lo previsto, antes de que me pudiera lavar los dientes y enjuagarme la boca para que mi aliento no delatara que por dentro me seguía sintiendo viva, libre. Mientras bebía un vaso de agua tú abriste la puerta.

No recuerdo que dijiste, pero vi tus pupilas, dilatas como dos lunas

Llenas, que presagiaban que algo no iba bien. Te habías dado cuenta, yo seguía siendo libre, libre pese a ti. No recuerdo más de aquella noche, prefiero que siga siendo así.

A la mañana siguiente no me sorprendió encontrar una taza de café especialmente hecha para mí. Recuerdo que mientras bebía no podía evitar que se deslizara un poco de leche por la comisura de mis labios. Me miraste y sonreíste. Como si esto fuera un juego de niños y mi labio hinchado una metáfora sobre nuestro amor. ¿Sabías que la piel del labio es muy fina?

Cualquier golpe se manifiesta y el sangrado suele ser muy abundante. Me diste un beso en la mejilla y me dijiste que daba gusto besar a alguien sin ese maldito olor a cigarrillo. Ese fue el último aviso que me diste en forma de consejo. Desconocías que lo que para ti no era más que hollín, para mí era oxígeno.

Tenía mi propia idea del amor antes de conocerte. Nada de romances eternos ni castillos en lo alto de una colina. Concebía el amor como una relación de respeto, un sentimiento de libertad compartido. Pensarás, una vez más, que soy una ridícula, una persona insípida manipulada por un entorno irreal. Me he sentido así en muchas ocasiones, incluso he llegado a creer que no valgo para nada. Había olvidado todos mis logros, todo lo que he conseguido. Pensé que el hecho de que alguien como tú me eligiera había sido la única experiencia positiva que experimentaría a lo largo de mi "insignificante" vida. Insignificante, solías balbucear mientras sonreías. Siempre sonreías. Llegué a creer que eras el único que tenía ese derecho. El derecho a sonreír, ya ves tú, que locura.

Cuando me vi reflejada en tus ojos me di cuenta de que esta casa, ésta en la que estás leyendo esta carta ahora mismo, estaba llena de humo. Un humo áspero que se negaba a abandonarme, por primera vez me sentí fuerte, aun estando en el suelo, pese a tu gesto hostil, sabía que un día sería distinto. Ese día ha llegado.

Sé que no te gusta fumar, ni el olor a cigarrillo, ni el amor, ni la vida, ni la libertad...ni yo.

He tomado la decisión de irme, pero tranquilo, me llevo todo eso conmigo.